

FUNCION ACTUAL DE LA FILOSOFIA EN LATINOAMERICA

*Arturo Ardao **

I

Cualquiera sea el criterio con que se maneje la noción de función, y aun la propia de filosofía, el solo enunciado del tema sienta, de por sí, el supuesto de que la función de la filosofía, pueden ser eventualmente delimitada, o recortada, en el espacio y en el tiempo.

Semejante supuesto no es de aceptación para determinadas concepciones de la universalidad inherente al saber filosófico. No hemos de internarnos aquí en la cuestión que ello involucra. Innegable en sí misma dicha universalidad, su correcta interpretación no sólo no excluye, sino que necesariamente incluye la diversidad espacio-temporal. En el caso de la filosofía, la relación entre lo particular y lo universal que todo concepto implica, no es ya análoga, sino, en el fondo, la misma que la del concepto de humanidad. Se aplique éste a los individuos o a las comunidades, resultará siempre mera abstracción, despojado que sea de su encarnación histórica. No ocurre cosa distinta con el de filosofía, desde luego producto, pero sobre todo asunción de la historicidad humana.

A punto de partida del supuesto mencionado, para el examen de la función actual de la filosofía en Latinoamérica se hace necesaria una distinción previa: por lo que se refiere a la noción de filosofía, la distinción entre filosofía como realidad ya fijada en el espíritu objetivo, y filosofía como ejercicio todavía viviente en el espíritu subjetivo.

En otros términos, distinción entre filosofía como determinado tipo de conocimiento históricamente acumulado, organizado y hasta institucionalizado, desde la antigüedad hasta nuestros días, y filosofía como propósito, tarea o misión del filósofo. Conforme a tal distinción, el obligado desdoblamiento del tema daría lugar a estas formulaciones: función actual del saber filosófico en Latinoamérica; función actual del pensar filosófico en Latinoamérica. Aquello apunta a la trasmisión de la filosofía; esto a su creación. Lo primero repercute de variadas maneras en el campo de la enseñanza; plantea en sus diversos niveles y sectores el papel de la filosofía con relación al de otras disciplinas, en particular las científicas y tecnológicas: es cuestión pedagógica ante todo. Lo segundo afecta a la inteligencia latinoamericana en su responsabilidad por el ejercicio de la filosofía en lo que tiene de reflexión y especulación; apela a su compromiso histórico consigo misma, en cuanto entidad social comunitaria, por encima, o más allá, de cualquier labor reglada o académica: es, por excelencia, cuestión filosófica.

Sin subestimar la cuestión primera, ni menos desconocer sus dialécticas relaciones con la segunda, es naturalmente a ésta que nos circunscribiremos. O sea, a la función

* Profesor Universidad Nacional de Uruguay.

actual, en Latinoamérica, de la filosofía como aplicación del pensamiento filosófico a su radical destino de búsqueda, hallazgo y orientación. Eso establecido, una nueva distinción se impone: por lo que se refiere ahora a la noción de función, la distinción entre la función, positiva en unos casos, negativa en tantos otros, que de hecho cumple, y la función, positiva siempre, que de derecho debe cumplir, en la actualidad, la filosofía en nuestro continente.

Es decir, la cuestión de la función actual del pensamiento —o del pensar— filosófico en Latinoamérica, desdoblada esta vez atendiendo a la clásica dualidad del ser y el deber ser. Por un lado, la pregunta de *cual es* la función actual de la filosofía en Latinoamérica; por otro, la pregunta de *cual es* la función actual de la filosofía en Latinoamérica; por otro, la de *cual debe ser*. Todo intento de responder a una, lleva a responder a la otra. Cualquier relevamiento descriptivo de nuestra conciencia filosófica presente, en sus tendencias más características, sea como cuerpos de doctrina, sea como actitudes de espíritu, invoca su enjuiciamiento crítico. Y este enjuiciamiento, por su parte, se vuelve ineludible desde cualquier concepción que se sustente —según sea el criterio— de la que debe ser hoy, en nuestra América, la función de la filosofía. De la filosofía, dicho quedó, más que como masa de saber acumulado, en el espíritu objetivo, como actividad innovadora de la inteligencia, en el espíritu subjetivo.

II

De función de la filosofía, con aplicación expresa de tal enunciado, es en nuestro tiempo —en libros, revistas, congresos— que se ha empezado a hablar. El hecho no está desprovisto de sentido, en última instancia filosófico. No es ajeno al ensanche creciente, en el lenguaje de la filosofía, de la conceptualización, y consecuentemente del empleo, del término función. Ciertos vocablos se incorporan como por asalto a dicho lenguaje, desde el habla corriente. Otros lo hacen de manera menos directa, y a veces paso a paso, escalando, incluso, sucesivas gradas del léxico científico. Tal ha sido el caso de función. A lo largo de la modernidad se va abriendo camino, primero por el lado de la matemática y la lógica; luego por el de la mecánica, la biología, la psicología y la sociología. Al fin el término pasa a adquirir en nuestros días una significación de gran generalidad filosófica. En ese plano, ya aporta una nota que se halla en estrecha relación con otras, caracterizantes por igual de muy diversas direcciones del pensamiento contemporáneo.

El hecho se inscribe en el ascendente prestigio, a lejano punto de partida en el siglo XVIII, en pleno iluminismo, de toda una sinuosa línea de ideas sutilmente enlazadas por connotaciones, cambio y desarrollo. Mencionemos algunas, en parejas convencionales: progreso e historia; devenir y dialéctica; revolución y evolución; proceso y emergencia; acción y praxis; vida y existencia; tiempo y situación; estructura y función. Por su propia índole, ideas como éstas se han ido llamando y enriqueciendo las unas a las otras, alternada o sucesivamente, sin ser propias de ninguna escuela en particular, siéndolo en cambio, a menudo, de escuelas o tendencias muy opuestas entre sí en otros sentidos. De ahí que rasgos —o aires— de reconocida universalidad en la atmósfera intelectual de nuestra época, como, entre otros, los de evolucionismo, historicismo, temporalismo, se haya sumado también el de funcionalismo, entendido aquí, al igual que aquéllos, en su máxima latitud teórica, o sea sin enfeudamiento alguno a tal o cual autor o doctrina.

El ascenso filosófico, no ya científico, del concepto de función, se vincula con el experimentado por el de estructura, a costa del de substancia. Si toda función importa el ejercicio de una actividad, esta actividad lo es siempre de un elemento o miembro en relaciones de interdependencia dinámica, o interacción dialéctica, con los demás del todo o conjunto de que forma parte. Se vuelve, así, inseparable de la idea de conexión activa que es propia de la estructura, sea ella mecánica, biológica, psíquica o social. Y de tal suerte, la filosofía, agente de semejante promoción, diríase categorial, del concepto de

función, resulta ella misma afectada por el correlativo giro mental.

Aunque la expresión filosofía de la filosofía sea contemporánea, siempre fue la filosofía cuestión para sí misma. En nuestros días, un cambio se ha producido, sin embargo, en su autorreflexión. En tanto que tradicionalmente la preocupación estuvo centrada en su objeto, en la más reciente literatura de filosofía de la filosofía lo está en su función. No se trata de una sustitución por caducidad temática, pero sí de un desplazamiento de la vía de mayor interés. La preferente reflexión directa a propósito del objeto, se prolongaba en una determinada línea semántica, de la esencia, el fin, el sentido, el contenido de la filosofía, en la que ésta era examinada como saber estático o en reposo. Se ha pasado ahora a la preferencia por la reflexión en torno a la función, prolongada a su vez en la línea semántica de la misión, el papel, la tarea, el quehacer de la filosofía, en la que ésta es reconsiderada en la condición de saber dinámico o en actividad. La significación, entonces, antes que de la naturaleza de una entidad sustantiva, del comportamiento de un miembro estructural. Por esta vía será siempre posible volver luego al asunto del objeto, iluminándolo con nueva luz. Trayectoria metodológica; pero que arrastra una forma de inversión ontológica: lo que la filosofía es, sólo es concebible a través de lo que ella hace y, más todavía, de cómo lo hace.

Semejante sesgo ha venido a ser producto de la puesta en delantera, no sólo de las correlacionadas ideas de estructura y función. También de aquellas tantas otras, ya mentadas, que por uno u otro costado han sido sus solidarias, y hasta, en algunos casos, han servido para ambientarlas. Entre ellas, las de devenir, dialéctica, proceso, praxis y —sobre todo— historia. Esta, sobre todo, por la universalidad de la experiencia a que se refiere. Considerado el conjunto de las ciencias sociales, en su más lata acepción, como totalidad de las ciencias de la cultura, en ninguna como en la de la historia ha sido de más trascendencia el ingreso a sus conceptualizaciones, de la idea de conexión funcional, en el sentido de relación estructural. Renovaciones muy notorias en la misma dirección epistemológica, de disciplinas como la lingüística o la antropología, no son ajenas a la reorganización profunda experimentada bajo tal influjo por el saber histórico; como el matemático en su caso, por sus respectivas universalidades, formal en uno, fáctica en el otro, se convierte, puesto al margen su significado intrínseco, en necesario recurso metodológico de ciencias especiales afines.

No menos se convierte el saber histórico, por la misma razón, en necesario recurso metodológico de la disciplina o forma de conocimiento que aspira a la universalidad mayor, en este caso noológica, o sea la filosofía. Tanto más, cuando ella vuelve la reflexión sobre sí misma. Desde el ángulo de una lógica relacional, antes que atributiva, atenta a la articulación de los elementos que van estableciendo las configuraciones, o estructuras, de la experiencia social, la historia coloca a la filosofía, en tanto que función, bajo una óptica nueva. Por ella, es su condicionamiento socio-histórico, en lo que tiene de complejo a la vez que de enmascarado, lo que aparece ante todo advertido. La filosofía no puede menos que operar como fenómeno social, condicionado al mismo tiempo que condicionante. No significa esto que sea unas veces pasiva y otras activa. Siempre opera, es decir, funcional; y toda relación funcional, ya en el contexto *en función de*, ya en el *función de*, consiste, se sabe, en acción recíproca, en interacción.

Genérico si se quiere, un principio de ordenación es posible a partir de la distinción entre un condicionamiento vertical, impuesto por la diferenciación de niveles sociales, a escala de estratos y clases, y otro horizontal, determinado por la diferenciación de distancias culturales, a escala de naciones y regiones. En uno y otro, en tanto condicionada, la filosofía recepciona y asume procesos que se remontan desde la infraestructura material bio-económica, y en tanto condicionante, transmite y rige procesos que descienden desde la superestructura intelectual, científico-ideológica. En uno y otro caso también, el entrecruzamiento socialmente más significativo se produce, cualquiera sea la dirección o el sentido de los procesos, en los campos de la educación y la

política. En uno y otro caso, en fin, las relaciones de dominio —o de dependencia, según se las mire— entre los sectores o grupos que forman parte de los sistemas o estructuras, se vuelven decisivas en el juego de los condicionamientos. Y tanto, que son ellas, en definitiva, las que de modo más directo dan carácter a la función de la filosofía. Explícita o implícitamente, como consecuencia, el propio filosofar resulta tironeado desde los opuestos extremos, para servir, con mayor o menor eficacia, de agente intelectual de dominación o de emancipación.

Es así en uno y otro caso, en el condicionamiento vertical tanto como en el horizontal. Pero en este último, cuando las relaciones de dominio enfeudan unas naciones a otras, unas regiones a otras, el condicionamiento viene a ser, si cabe decirlo, a segundo grado, porque incluye o subsume de antemano el de los niveles sociales. Las conflictualidades propias de uno y otro son inseparables por interdependiente, de donde su paralelismo en la incipencia, como en el crecimiento y en la agudización. Un momento histórico llega entonces, en las áreas dominadas, de situación límite para la función de la filosofía. En un tipo o forma de la misma, exteriormente dependiente, con conciencia o sin ella, opera en lo interno como filosofía de dominación. A la inversa, toda filosofía de emancipación nacional o regional, obligada a profundizarse, es reconducida a la radicalización social y humana —y por ende a la universalidad— de la emancipación misma.

Ese momento ha llegado en Latinoamérica. Y es, por tanto, bajo tal signo que se presenta en su ámbito, como cuestión en sí misma filosófica, la función actual de la filosofía.

III

Por razones de método hemos evitado a designio, en lo que ha antecedido, la expresión, tan discutida en las últimas décadas, *filosofía latinoamericana*. Hemos ahora de encarnarnos con ella.

Aquí, dos precisiones terminológicas. En primer lugar, durante una buena parte del contemporáneo período polémico a que acaba de aludirse, se ha hablado preferentemente de “filosofía americana”; algunas veces para mentar, sí, la filosofía referida a la totalidad del hemisferio, pero más a menudo únicamente la filosofía de “nuestra América”, o América Latina. En los últimos años, si es sólo de esta última que se trata, se ha ido estableciendo el buen hábito de preferir la expresión “filosofía latinoamericana”; siendo nuestro caso ahora, a ella nos atenemos. En segundo lugar, en estricto rigor, constituye anacronismo la aplicación de la misma a épocas anteriores a la segunda mitad del siglo XIX, que es cuando realmente advienen la idea y el nombre de América Latina. Por un convencionalismo historiográfico, legítimo a la vez que útil, por no decir necesario, esa aplicación retroactiva se ha hecho corriente, hablándose así, por ejemplo, de las guerras de la independencia y hasta del viejo coloniaje, “Latinoamérica” a este convencionalismo también nos atenderemos, en la evocación del pasado al considerar la filosofía actual de nuestro continente.

De acuerdo con la distinción que se hizo inicialmente entre filosofía como saber acumulado y establecido, y filosofía como ejercicio especulativo y crítico, en nuestra América sólo la segunda es siempre, además de filosofía *en Latinoamérica*, filosofía *latinoamericana*.

Desde los orígenes coloniales hasta nuestros días, ha habido filosofía en Latinoamérica. No siempre fue ni es filosofía latinoamericana. Pero desde los primeros tiempos también, ésta fue surgiendo, desarrollándose y creciendo, como la parte dinámica de aquélla: filosofía no ya tan sólo recibida, transmitida y adoptada, en función de centros ultramarinos de imperio político o cultural, sino renovada o innovada por esfuerzos de adaptación y eventualmente de creación. Por débiles o embrionarios que al principio

hayan sido esos esfuerzos, sería posible rastrearlos, en algunos lugares, en la propia iniciación escolástica de la colonia. Alcanzan ya más cuerpo en la fase final de ésta, a lo menos en la modalidad de adaptación, en cuanto la inteligencia latinoamericana filosofa por su cuenta, en las ondas de la filosofía moderna y el iluminismo, el proyecto de la independencia. Con mayor razón producida ésta, en las etapas de establecimiento y organización de nuestras nacionalidades, intelectualmente atendidas por las formas de pensamiento del romanticismo y el positivismo. Más todavía, en fin, ya en el siglo actual, cuando para la filosofía latinoamericana en ingreso a la condición de adulta, se franquea la creación sobre la automática adopción.

La filosofía latinoamericana, manifestación no única de la filosofía en Latinoamérica, es la que especialmente nos importa en lo que respecta a su función actual. En el seno de la última, es dicha manifestación la que representa, no el mero conocimiento filosófico, por funcional —positivo o negativo— que en cualquier caso sea, sino el propio filosofar. Bajo el primer aspecto, el sujeto del conocimiento lo es sólo como su consumidor—, bajo el segundo, lo es como su productor, en uno u otro de los momentos o grados de la producción. A lo largo de su historia, Latinoamérica ha sido más consumidora que productora de filosofía. No se trata, claro está, de invertir los términos; pero sí de equilibrarlos o balancearlos. A eso se tiende en la medida en que el latinoamericano, sujeto del conocimiento filosófico, lo es cada vez más en el carácter de sujeto del filosofar, en un cambio de sentido del ejercicio de la inteligencia. Es por esta vía que, poco a poco, la filosofía latinoamericana ha quedado definitivamente constituida. Así lo entendemos, sin entrar en este lugar en el problema todavía en discusión, tan vinculado a nuestro tema, pero deslindable, de si existe, y aun si es posible una filosofía latinoamericana.

Que esté constituida la filosofía latinoamericana, no significa, por un lado —en cuanto a lo que es— que ella funciona ya, en todas sus direcciones, con autonomía espiritual, es decir, con autenticidad o genuinidad; y por otro —en cuanto a lo que debe ser— que ella tenga que funcionar en todos los casos como filosofía aplicada a realidades exclusivamente latinoamericanas, es decir, como filosofía de lo latinoamericano. El primer asunto nos conducirá al segundo.

Por diversos caminos, académicos o no, la filosofía latinoamericana ha alcanzado en el presente, en particular en ciertos países, muy significativas expresiones de densidad y nivel. Así es por lo apreciable de su bagaje teórico e histórico, como de sus recursos metodológicos, a contribución de un efectivo ejercicio de la inquisición filosófica. Se ha dejado atrás, entonces, la adopción pasiva, por acción mecánica o refleja; se ha ido aun, más allá de la adaptación esforzada, pero más o menos urgida; se ha accedido, no de ahora aunque ahora cada vez más, a planos de creación.

Eso no obstante, suele darse en esas mismas expresiones, con excesiva frecuencia, un tipo de filosofar en el que el grado de autonomía logrado, merece llamarse de autonomía sólo técnica, en el marco de la labor profesional. Desde otro punto de vista, sigue siendo dependiente, por tributación a un colonialismo mental no separable del condicionamiento socio—histórico impuesto por otras formas de colonialismo. Se está, más que ante una posición teórica, ante una actitud de espíritu, susceptible de afectar a orientaciones las más diversas en la esfera especulativa. No es cosa, pues, de tal o cual doctrina particular, dicho sea sin olvidar que de algún modo, en circunstancias de apremio histórico, cada doctrina lleva en sí misma su destino.

En tal sentido, el problema de la emancipación mental que la generación romántica se planteara al día siguiente de la independencia política, se reformula en nuestros días en términos nuevos. En los dominios de la literatura y el arte, de más libre funcionalidad social, esa emancipación fue prioritariamente perseguida, y al fin conquistada en el correr de este siglo, en escala aceptable dentro de la interdependencia e intercambio universales. No es todavía, con carácter general, el caso de la filosofía. Paradojalmente, la señalada

autonomía técnica, en lugar de favorecer, por sí misma, la emancipación, la estorba, cuando se trata del extendido tipo de filosofar de que acabamos de hablar. Peor aún: contribuye a consolidar la dependencia mediante una acción colonizadora ejercida ahora —como en el aprovechamiento que de la tecnología nativa se lleva a cabo en la descentralización de ciertas plantas industriales supranacionales— desde el interior de la propia Latinoamérica.

El problema de la emancipación mental, para nuestra actual filosofía, se vuelve entonces, al par que más complejo, más grave que antes. Más grave porque no es cuestión de vérselas ya con la tutela sufrida por la inteligencia latinoamericana en su infancia o en su mocedad, sino con la reválida de su enajenación cuando ella ha llegado, o se ha acercado a su madurez. Pero más grave sobre todo, porque ese tipo de filosofar, en función de coordenadas históricas ultramarinas, supuestas representativas de la universalidad, opera, advertida o inadvertidamente, como cúpula intelectual de una dependencia nacional o regional hacia fuera, que es al mismo tiempo de dominación social o cultural hacia dentro. Para nuestra comunidad histórica, lo que en cierto momento se llamó su “normalidad filosófica”, como ejercicio de una función técnicamente emancipada, se transforma o deforma en disfunción.

La actual filosofía latinoamericana no se agota, empero, en el tipo de filosofar de que acaba de hablarse. Por otra vertiente, aquellas significativas expresiones de densidad y nivel, vivifican la autonomía técnica con la autonomía espiritual. Otro tipo de filosofar, entonces, dirigido —en este caso siempre conscientemente— a una función desenajenante, o desalienante, de nuestros modos de pensar. Reasunción, o prolongación, de los tradicionales empeños de emancipación mental, a partir de la toma de conciencia de una dependencia histórica global, externa e interna, de la que la intelectual es un aspecto cargado de responsabilidad social. Se está, también aquí, más que ante una posición teórica, ante una actitud de espíritu, opuesta a la anterior, que orientaciones especulativas muy diversas comparten. Tampoco aquí, pues, es cosa de tal o cual doctrina particular; pero a coincidir en dicha actitud se llega, sin duda, por virtud de profundas afinidades axiológicas.

La estimación positiva —sencillamente la estima— de lo propio, constituye su origen, en aquel radical punto en que, para las comunidades, como para los individuos, el ser y el valor se identifican. De tal valoración ha resultado un movimiento, a esta hora vasto, de vuelta sobre sí de la conciencia filosófica latinoamericana. Otras valoraciones, otras estimas, se siguen. Latinoamérica se asume, más reflexivamente cada vez, en la peripecia de su historia, su cultura y su gente marginadas. Y es autoclarificándose de ese modo, desde sus vitales circunstancias a sus intransferibles situaciones, objetivas las primeras, subjetivas las segundas que se reconoce protagonista de la universalidad humana a igual título que cualquier otra región del planeta; vocada, por lo mismo, a encarar con independencia también igual, los más universales, por humanos, objetos filosóficos.

Entendida así, esa actitud de espíritu, determinante de tantas concretas tareas de orientación de las transformaciones y los cambios, tendrá que ser —seguir siendo— la condición primera, por básica, de la función actual de la filosofía en Latinoamérica. De la filosofía en Latinoamérica en tanto que filosofía latinoamericana, y de ésta en tanto que filosofía.